

Una posible asociación entre terrorismo y globalización

A possible association between terrorism and globalization

Héctor L. Bermúdez Restrepo*

Dedicado a mi Maestro Sigifredo Gómez Vargas

Recibido marzo 24 de 2012, aprobado mayo 09 de 2012

Resumen

En septiembre de 2011 se conmemoraron los diez años del ataque a las Torres Gemelas del *World Trade Center*. Este episodio es uno de los hitos históricos más representativos de la contemporaneidad. Sin embargo, la destrucción material ocasionada fue superada con creces por la potencia implícita en la destrucción simbólica, causando especulaciones explicativas que están, legítimamente, cargadas de aspectos ideológicos y mitológicos. Tales explicaciones van, desde el negacionismo de las “demostraciones” de que el ataque no fue externo, pasando por el simplismo del choque entre culturas, hasta el favorecimiento y la celebración de estos hechos como si fueran un merecido castigo al Imperio. Justamente por todo lo anterior, se hace necesario reflexionar sobre estos hechos en procura de explicaciones diferentes, inspiradas, en este caso, en la serenidad de pensadores como Derrida y Baudrillard.

Palabras clave: Globalización, terrorismo del 11 de septiembre, Jacques Derrida, Jean Baudrillard.

Abstract

In September 2011, the commemoration of the tenth anniversary of attack on the Twin Towers of World Trade Center took place. No doubt this episode is one of the most representative historical landmarks of contemporary times. However, the physical destruction that it occasioned was, by far, outweighed by the power implicit in the symbolic destruction, causing explanatory speculations that are legitimately filled with ideological and mythological features. Such explanations range from the disavowal of the “proofs” that the attack was not external, through the simplification of the crash between cultures, to the favoring and commemorating these events as if they were a deserved punishment to the Empire. Precisely for all of the above, it is necessary to reflect upon them in pursuit of different explanations, inspired in this case by the serenity of thinkers such as Derrida and Baudrillard.

Keywords: Globalization; terrorism of September 11; Jacques Derrida; Jean Baudrillard.

* Sociólogo, profesor encargado del curso Sociología de la Empresa, Universidad HEC - Montréal.

Introducción

Nada más vigente y más civilizado que el terrorismo contemporáneo. Por lo menos esa es la hipótesis que se quiere defender en este escrito. Sin embargo, no se trata de una defensa del terrorismo, más bien, es la explicación de una de las posibles causas de los episodios ocurridos el 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos de América. Conmemorar tales hechos, significa volverlos a pensar. Pero, por su gravedad, hay que repensarlos con originalidad. Por una parte, adherir a la crítica moralista, no contribuye a esclarecer; reproducir la descalificación ideológica, tampoco. Insistir en que fueron unos pocos dementes quienes los causaron, quizá genere tranquilidad a muchos, pero, además de ser completamente falso, no explica nada sobre sus causas. Insistir en que se trató de la exacerbación religiosa, representada por fanáticos *wahabitas*, es puramente facilista. Negarlos, como un ataque exterior, y presentarlos como una demolición controlada, hecha por los propios estadounidenses para deslegitimar al enemigo islámico, es un señuelo muy fácil de tragar y un contundente distractor. Por otro lado, celebrarlos como parte de la aparente decadencia de la hegemonía del poder estadounidense, es, no solamente apresurado e injusto, sino que tal gozo puede estar detonado por la ilusión; es decir, se trataría de una creencia motivada por el deseo e indiferente de su efectividad, según la definición que el propio Sigmund Freud brinda de la ilusión. Ciertamente, habrá que respetar el dolor de las víctimas con la misma fuerza que se tendrá que desconfiar de aquellos que celebran con júbilo estos episodios.

Para reflexionar sobre estos hechos, aquí se ha elegido otro camino. Buscar la posible asociación entre la globalización y este tipo de terrorismo; entender a la primera como causa irremediable y contexto del segundo. Dicho lo mismo en la otra dirección: entender a este terrorismo como consecuencia del afán globalizador.

Este análisis está apoyado fundamentalmente en las ideas de dos intelectuales cuya vigencia no se pone en duda: Jacques Derrida y

Jean Baudrillard. Sin embargo, conviene precisar que Derrida ha sido examinado con la ayuda de Giovanna Borradori¹, y, asimismo, Isabelle Lasvergnas² ha sido nuestra puerta de entrada para Baudrillard. Estos dos autores, Derrida y Baudrillard, utilizan metodologías explicativas diferentes, pero complementarias. Como se sabe, ambos son, cada uno a su estilo, provocadores y temerarios para transmitir sus ideas, pero documentados, experimentados, y sobre todo, originales. Apoyarse en ellos ha permitido actualizar la reflexión sobre un tema difícil, pero del que todo el mundo siente el derecho de opinar. No es fácil abordar, responsablemente, una tesis como la de Derrida: *la globalización no existe, es pura charlatanería*; tampoco es sencillo responder a preguntas como la de Baudrillard: *¿transitamos actualmente la cuarta guerra mundial?* Igualmente, puede resultar chocante para muchos aceptar que el terrorismo contemporáneo sea, como se dice en la primera frase del artículo, no solamente vigente, sino que, como se procurará explicar, se trata de un acto netamente civilizador.

1. Derrida: La herencia de la Ilustración, la autoinmuni- dad y la Globalización

La Ilustración en filosofía es mucho más que una forma de nombrar al siglo XVIII; es también, y sobre todo, la “afirmación de la democracia y de la separación del poder político y de la fe religiosa, de la cual las revoluciones francesa y estadounidense se hicieron sus portavoces”

1 Giovanna Borradori es doctora en filosofía. Discípula de Jean-François Lyotard (Universidad de París VIII) y de Dino Formaggio (Universidad de Milán). El libro *El “concepto” del 11 de septiembre*, ha sido publicado en una edición estadounidense como *Philosophy in a Time of Terror* (2003, The University of Chicago Press) y en francés apareció bajo el título: *Le «concept» du 11 septembre. Dialogues à New York [octobre-décembre 2001]* (2004, Paris: Galilée); esta última edición es la que fue examinada para el presente artículo.

2 Isabelle Lasvergnas es psicoanalista y doctora en sociología. Es directora de la Clínica psicoanalítica de Montréal y profesora titular del Departamento de sociología de la UQAM (Universidad de Québec en Montréal). Su obra ha sido publicada principalmente en francés. En Colombia fue publicada la traducción de un breve escrito suyo en la *Revista Katharsis* (2011, pp. 107-115).

(Borradori, 2004, p. 23).³ Para decirlo de manera simple: la Ilustración es la construcción de la idea de progreso como independencia de los individuos de cara a la autoridad. Indudablemente se puede encontrar *un* progreso a partir de la Ilustración: aquel de la liberación del espíritu. Sin embargo, es muy común asociar a la Ilustración con *el* progreso, como si este fuera el objetivo único de la humanidad y como si “el progreso” tuviera la tendencia a ir escalando positivamente en cada momento histórico. Justamente, este tipo de ilusiones es criticado por Derrida: las ideas de “República y de Democracia” no son valores absolutos —recuerda el autor— sino “construcciones que evolucionan con el tiempo” y que necesitan una crítica y una revisión constante.

Influenciado por las ideas de Nietzsche, Heidegger y Freud, el pensamiento de Derrida se blinda con una práctica de análisis reconocida actualmente por su originalidad: la *deconstrucción*. Derrida da este nombre a su estrategia de análisis —él mismo hace la observación de que no se trata de un método general— con la pretensión de problematizar los discursos que se enuncian como una “construcción”. Esta práctica emergió de su diálogo con Heidegger, y más concretamente de la necesidad de “traducir y adaptar a su propósito los conceptos heideggerianos de *Destruktion* o de *Abbau*” (Borradori, 2004, p. 198). Derrida no quería trasladar dichos conceptos, del alemán al francés, para evitar el sentido de la *demolición* (nietzscheana); sin embargo requería, en este proyecto académico, “desestabilizar las prioridades estructurales de una construcción particular” (p. 198).

Así, para comenzar su análisis de los episodios del 11 de septiembre de 2001, utilizando su práctica de la deconstrucción, Derrida propone su hipótesis de partida: cuando se dice 11 de septiembre, “no se sabe de qué hablamos —indica el autor—, no se sabe exactamente qué es eso que se nombra como el 11 de septiembre” (p. 134-135). Justamente por eso, Derrida inicia su ejercicio de deconstrucción del contenido simbólico

3 En todo el artículo: traducción libre del francés.

de las palabras que son utilizadas para nombrar los episodios. Es fácil estar de acuerdo con el autor cuando indica que no es útil, en absoluto, contentarse con los análisis *cuantitativos*, puesto que Europa y Estados Unidos, por ejemplo, han producido masacres superiores en número de víctimas. Tampoco con las explicaciones relacionadas con el arma empleada: las debacles de Hiroshima y Nagasaki, por sólo mencionar este par de ejemplos, fueron producidas con aviones. Es preciso pues buscar explicaciones más *cualitativas*. De manera consecuente, Derrida propone sus explicaciones en tres tiempos y utiliza una tesis que había expuesto antes⁴: aquella de la lógica que rige todo proceso *auto-inmunitario*. Él define esta lógica como “aterrorizante”, porque ella es, según él, un comportamiento extraño, presente en la naturaleza de la vida, pero, por así decirlo, “suicida”:

La reacción inmunitaria protege la *indemnidad* del cuerpo propio produciendo unos anticuerpos contra los antígenos extraños. En cuanto al proceso de auto-inmunización, se sabe que este consiste para un organismo vivo, en protegerse contra su propia autoprotección, destruyendo sus propias defensas inmunitarias (p. 144-145).

Derrida piensa que esto es mucho más que un simple desplazamiento metodológico: “A pesar de su aparente proveniencia biológica, genética o zoológica” las sobre-determinaciones autoinmunitarias “involucran mucho más que lo puramente vivo. Aunque sólo sea porque ellas llevan la muerte en la vida” (p. 177). Es fácil advertir en esta tesis de Derrida, la influencia de la teoría original freudiana sobre las pulsiones.

En este sentido, no sobra recordar que para Freud, aquello que asegura la cohesión de una comunidad es la *identificación*, y que esta es de dos tipos: “la forzada por la violencia y la de los lazos afectivos entre sus miembros” (1985, p. 208). Se pueden encontrar en esta explicación entonces, las pistas de las dos pulsiones surgidas de su teoría general: las que “sirven para conservar y unir” (pulsión erótica o sexual), y las que

4 El propio Derrida recuerda dos publicaciones anteriores, ambas de 2001: *Foi et Savoir*, seguida de *Le Siècle et le Pardon* (Paris, Le Seuil, colección “Points”).

“sirven para destruir y matar” (pulsión de agresión o de destrucción) (p. 209). Freud piensa que las dos pulsiones son necesarias porque “de las interacciones y de las reacciones de estas dos pulsiones proceden los fenómenos de la vida” (p. 210). Esto porque estas pulsiones son siempre aliadas entre sí: “la amalgama de estas tendencias destructivas con las otras, eróticas e ideales, facilita, de manera natural, su satisfacción” (pp. 210-211). Según Freud, la pulsión de muerte “se convierte en pulsión de destrucción dirigiéndose, por medio de órganos específicos, hacia el exterior, contra los objetos”:

El ser vivo preserva, por así decirlo, su propia vida destruyendo la del otro. Pero una parte de la pulsión de muerte permanece activa al interior del ser vivo; hemos intentado deducir toda una serie de fenómenos normales y patológicos de esta interiorización de la pulsión de destrucción (p. 211).

La tesis de Derrida sobre la auto-inmunización es de la misma índole. Parte de la natural y necesaria dualidad entre la vida y la muerte. A continuación se verá que su análisis sobre los hechos del 11 de septiembre, es presentado como un proceso de respuestas automáticas, espontáneas, pero que exigen ser racionalizadas. Él las llama “reflejo y reflexión”.

Primera autoinmunidad: la guerra fría en la cabeza. La violación del territorio que, después del fin de la guerra fría, es aceptado por la sociedad como un Estado soberano que tiene el rol de garante de todo orden mundial, es absolutamente desestabilizador, chocante, perturbador. Se trata, nada más ni nada menos que de la destrucción del orden establecido. No obstante, el síntoma de autoinmunidad suicida aparece cuando se examina que este Estado ha sido víctima de la agresión exterior, pero que tal agresión viene “como desde el interior”. No hay un ejército enemigo al frente, nunca hubo una declaración de guerra, ni un ultimátum; el ataque es a partir de la sorpresa, de la mejor de las infiltraciones, a la manera del *caballo de Troya*.

Segunda autoinmunidad: peor que la guerra fría. El temor que causaba la guerra fría era la posibilidad de la destrucción del planeta gracias a la enorme potencia destructora de las armas nucleares. Sin embargo, y por paradójico que parezca, la amenaza era una forma particular no sólo de establecer, sino de mantener el orden. Después de los episodios del 11 de septiembre, la amenaza ya no es contra la humanidad *en general*, sino que ésta se individualizó: el miedo se incorporó al interior de cada uno de nosotros. Así, aunque la amenaza de agresión nuclear sigue presente, lo peor es que se han agregado otros tipos de amenazas: la de la agresión química directa, la de la agresión bacteriológica, la de la agresión a los sistemas informáticos⁵, etc. El futuro es ya, en este sentido, absolutamente incierto, la seguridad de la masa, la de los grandes bloques geopolíticos de la guerra fría, ha desaparecido por completo.

Tercera autoinmunidad: el círculo vicioso de la represión. Ninguna guerra parece más justificada que aquella que se libra en contra del terrorismo. En todo imaginario se legitima la defensa de los civiles por parte de los ejércitos. Sin embargo, el efecto perverso auto-inmunitario aparece, con toda su potencia cuando la civilización “inventa y alimenta la propia monstruosidad que pretende exterminar”, la represión “produce, reproduce y regenera aquello mismo que ella intenta destruir” (p. 152).

Estas tres autoinmunidades encuentran un contexto perfecto para reproducirse: eso que actualmente se conoce como “la globalización”. Sin embargo, la pretensión de uniformidad planetaria no es nueva. La ideología del posible emparejamiento económico y cultural, no data de estos tiempos recientes de mercados autorregulados. Hay testimonios de ella desde la edad de bronce. La esclavización del pueblo

5 En este sentido, Derrida invita a prestar atención a este tipo particular de amenazas: “Las agresiones de tipo terrorista ya no necesitarían más de aviones, bombas, kamikazes: es suficiente con introducir estratégicamente un virus informático o de instalar alguna perturbación grave, para paralizar los recursos económicos y militares de un país o un continente” (Cit. Borradori, 2004, p. 154).

hebreo por parte del imperio egipcio, es una muestra antigua de tal pretensión; las cruzadas están originadas en una mentalidad de interés expansionista; la conquista posterior al descubrimiento de América (y de África) está determinada por la ilusión de “convertir y civilizar” a los pueblos encontrados. Esto es una constante histórica, y ninguno de estos ejercicios ha sido pacífico. Así, es fácil hacer la asociación entre *globalización y terror*.

Esto exige entonces, examinar ambos conceptos. Con respecto al de terror, es preciso comenzar por descomponer el contenido simbólico de la palabra. En este sentido, Derrida recuerda que Thomas Hobbes lo menciona en el *Leviatán*, y que Walter Benjamin lo asocia al monopolio de la violencia. Sin embargo, la referencia política que puede ayudar en el contexto del examen del terrorismo contemporáneo es aquel del Terror revolucionario francés. Esto porque, en teoría, solamente el Estado tiene el monopolio legal de la violencia. Sin embargo, el Terror aparece en el momento en el cual la violencia es ejercida por formas diferentes al Estado. Esta aplicación de la violencia a partir de fuerzas distintas produce unos efectos psíquicos devastadores. Así, el temor detonado por la lógica de lo cuantitativo y de lo real objetivo es rematado por la lógica de lo cualitativo y de lo simbólico.

Esto es lo que sucedió a partir de los episodios del 11 de septiembre. Ya no se está en una guerra “normal”, en una confrontación “habitual”. Ya no se trata solamente de la *materialización objetiva* de la “competición de masas progresivas entre vecinos” según la definición de Canetti (1966). Es esto y mucho más. A pesar de ser *reales*, a los “vecinos” no se les puede encontrar, no se sabe dónde se hallan, ni para atacarlos ni para defenderse de ellos. Ya no hay más un frente de batalla localizable, ahora no existe ni la vanguardia ni la retaguardia. El frente se encuentra “ya y ahora” en todas partes y en todo momento. Sin embargo, la consigna de la guerra “habitual” no ha cambiado: hoy, la cantidad posible de muertos —el “montón” de muertos de Canetti—, se percibe también como un fantasma angustiante.

Por otra parte, los “progresos” tecnológicos de los tiempos de la globalización, no han resuelto nada. Todo lo contrario: el efecto cualitativo y simbólico del terrorismo del 11 de septiembre ha sido posible gracias a los avances de los *mass media*. “El verdadero terror —recuerda Derrida— ha consistido no sólo en asesinar a miles de personas, sino en explotar y sobreexponer la imagen por parte de la propia víctima” (p. 163) en la impecable lógica siniestra de la autoinmunidad. Pero, al mismo tiempo, estos avances de los *mass media*, han hecho posible también la lógica de la perversión autoinmune, porque ellos han aumentado y potenciado la repercusión de la agresión, en lugar de alcanzar el efecto protector.

La relación entre la globalización y el terrorismo contemporáneo es, sin lugar a dudas, inevitable. La fatalidad autoinmune se presenta también cuando se examina que la globalización “no ha existido en los lugares y en los momentos en los cuales se dice que ella ha ocurrido” (p. 179). La mundialización “no ha tenido lugar” insiste Derrida:

En la época de la tal globalización [...] la heterogeneidad de las sociedades humanas, las desigualdades sociales y económicas no han sido nunca, sin duda, tan graves y tan espectaculares en la historia de la humanidad [...]. Sólo ciertos países —y dentro de esos países ciertas clases—, se benefician plenamente de los procesos de la globalización [...]. Desde ese punto de vista la mundialización no ha tenido lugar. Es un simulacro, un artificio o un arma de retórica que disimula un desequilibrio creciente, una nueva opacidad, una no-comunicación charlatana e hipermediatizada, una acumulación masiva de riquezas, de medios de producción, de la tele-tecnología y de armamentos militares sofisticados, es la apropiación de todas esas potencias por un pequeño número de Estados o de corporaciones internacionales (p. 181).

No cabe duda de su hartazgo. Sin embargo, vamos a dejar por ahora el examen de Derrida para dejar la palabra a Baudrillard. No obstante, luego se volverá sobre sus respectivas ideas para mostrar la posible complementariedad de la crítica de cada uno de ellos en relación con la pretensión globalizadora actual.

2. Baudrillard: La posmodernidad y el nuevo orden mundial

El concepto de posmodernidad designa una doble ruptura “simbólica y ontológica con respecto al proyecto histórico de la Modernidad” indica Lasvergnas (2004), y agrega que tal ruptura se lleva a cabo “en el sentido en que todos los espacios de inscripción del vínculo social son progresivamente sujetos al reino de la razón instrumental, y en el cual la ética alcanzada por la Modernidad se pierde y se metamorfosea en unas nuevas relaciones y en unos nuevos sentidos” (pp. 258-267). Mencionar esta noción de posmodernidad resulta pertinente aquí porque Baudrillard muestra el irremediable pasaje entre el sujeto de la Modernidad y aquel de nuestra contemporaneidad: para Baudrillard “el ser dotado de un inconsciente estaría en peligro de extinción, de la misma manera como han desaparecido de la superficie de la Tierra otras especies animales” (pp. 258-267). Esto quiere decir que el terrorismo actual no es la destrucción de los rascacielos ni de los trenes metropolitanos. Parece que a lo que estamos asistiendo es a *la demolición de un tipo particular de representación histórica del ser humano*. Por paradójico que parezca, el terrorismo contemporáneo es un acto civilizador.

Para examinar un tema como el que aquí nos asiste, es necesario romper con todos los análisis rudimentarios que pretenden explicar todo esto a partir de choques religiosos, de intereses económicos, o de los “ejes del mal”. Algunos se tranquilizan por sus propias neurosis (y las de los demás) “demostrando” demoliciones controladas por parte del enemigo de siempre, el enemigo visible y nombrable: el imperio.

Es así como, aquí se acude a Baudrillard, quien “denuncia el señuelo de estas evidencias demasiado fáciles”; el problema del terrorismo contemporáneo no se explica por el choque de valores entre dos mundos irreconciliables. En este sentido, Lasvergnas insiste: “Si hay alguna enseñanza que sacar de los episodios del 11 de septiembre, hay que buscarla, según Baudrillard, en el reflejo de nosotros mismos. Reflejo

fractal, incisivo, sobre el modo de la catástrofe y la destripación, del derrumbamiento de un monstruo con los pies de arcilla” (pp. 258-267).

Al igual que el de Derrida, el análisis que propone Baudrillard está influenciado por algunas ideas freudianas sin perder por ello su independencia innovadora. En este sentido, Lasvergnas recuerda que Baudrillard utiliza tres principios necesarios como puntos de método:

De una parte, la *mirada flotante*, por la cual algo de la elaboración teórica sale a la luz progresivamente al pensamiento y no salida de lo escrito, y donde, en algunos surgimientos asociativos fortuitos, se filtran unas aproximaciones de sentido debidos al genio del preconsciente. Por otra parte, un *descentramiento del registro manifiesto*, con la huella siempre activa de la escritura del sueño como modelo. Y por último, un cierto maridaje sostenido con *la noción del Mal*, tal como Baudrillard la utiliza, con el Freud metafísico, quien, para pensar el malestar en la cultura tiene necesidad de apuntalarse sobre su postulado del trabajo silencioso de Thanatos, que él nombrará ‘pulsión de muerte’ (pp. 258-267).

Así, asociando la práctica de análisis de Baudrillard con la de Derrida, puede decirse, de manera preliminar, que la civilización contiene, al interior de sí misma, la violencia y la muerte.

Cuando se observan los episodios ocurridos el 11 de septiembre, es evidente que estos han desafiado, no solamente la moral, sino toda forma de interpretación. Por eso hay que intentar tener “la inteligencia del Mal” (Zaltzman, 2007). El bien no reduce el mal, ellos están en una relación de recursividad todo el tiempo, ellos son irreductibles. Se trata de una dialéctica incesante.

En *El espíritu del terrorismo* (2001), Baudrillard nombra a los episodios del 11 de septiembre como “la madre” de los eventos. Sin duda, el mundo entero se agitó, pero simultáneamente, “las condiciones del análisis” fueron también sacudidas. Es preciso pues contar con *otra* inteligencia para examinar eso que pasó, y eso que podría ocurrir en el futuro. Por eso, él piensa que es un “contrasentido ver en la acción terrorista una lógica puramente destructiva”. Es muchísimo más. A continuación

se verá que es también una feroz defensa de la singularidad humana cuando se sabe amenazada.

Es necesario insistir: no se trata simplemente del Islam contra América, esa evidente reducción es una ilusión, un espejismo tendiente a encontrar los responsables del *Mal*. Incluso, se trata mucho más que de la exacerbación del “narcisismo de las pequeñas diferencias” del que hablaba Freud desde 1921 en su *Psicología de las masas y análisis del Yo*. Se trata de un antagonismo fundamental. Pero tal antagonismo está al interior de la cultura, de la misma manera que la capacidad de agresión está en cada uno de nosotros como muestra de la especie humana; está, tanto en lo individual como en lo colectivo.

Una de las maneras de despertar la violencia interior es la del interés de imponer un orden definitivo a la humanidad entera. Al pretender hacerlo se ataca la singularidad propia a la esencia cultural. “La concentración y la uniformización pretendidas por la globalización — recuerda Baudrillard— encarnan paradójicamente su propia fragilidad y su propia vulnerabilidad”. Esto porque el mundo en sí mismo se resiste: “la alergia a todo orden definitivo, a toda potencia definitiva, es felizmente universal”. Este tipo de terrorismo desplegado con los episodios del 11 de septiembre es pues una defensa desesperada, el esfuerzo por restituir la singularidad, por reconstruir la diferencia perdida. Por eso afirmamos que es un acto absolutamente civilizador.

Sin embargo, todos los esfuerzos por la unificación de la humanidad han fracasado. La búsqueda de acuerdos políticos, en relación con la seguridad de los Estados en la historia, ha permitido algunas etapas más o menos pacíficas, pero se puede constatar la persistencia de los contactos violentos entre los pueblos. Inclusive, el proyecto de la *paz perpetua* kantiano era una utopía. El interés de Simón Bolívar en la unificación política de la América Latina, no pasó de ser un sueño fabuloso, pero irrealizable.

De la misma manera, la sed de unificar los intercambios comerciales hoy día es, en esencia, la misma de aquella de las conquistas territoriales de las guerras desde la Antigüedad. Pero la potencia efectiva de la autorregulación de los mercados contemporáneos está regida por una lógica de lo simbólico. Igualmente, el ataque del 11 de septiembre ha sido dirigido al corazón de *Wall Street*. En esto radica uno de sus efectos simbólicos más devastadores. Así, si la lucha ha sido desplazada a la esfera de lo simbólico, es necesario también desplazar el análisis hacia lo simbólico. Es esto precisamente lo que Baudrillard hace recordando la fascinación patológica por las imágenes televisadas del derrumbamiento de las *Twin Towers*; ellas son “testigo de ese fantasma que se conjura evidentemente por la imagen”:

Pero, la atracción universal que ejercen, al igual que la pornografía, muestra que el pasaje al acto está siempre próximo [...]. De todas esas peripecias nosotros guardamos, por encima de todo, la visión de las imágenes. Y nosotros debemos guardar esta imposición de las imágenes, y su fascinación, porque ellas son, quierase o no, nuestra escena primitiva (Baudrillard, 2011).

Imágenes que atestiguan, según la provocadora tesis de Baudrillard, que actualmente estamos, no en la tercera, sino en la cuarta guerra mundial. De la misma manera que él señala que la guerra del Golfo Pérsico no tuvo lugar, porque ella se reduce a una confrontación asimétrica, a una exterminación teledirigida, a una suerte de masacre, Baudrillard asegura que no hay dos guerras mundiales sino cuatro. “Las primeras dos responden a la imagen clásica de la guerra. La primera puso fin a la supremacía de Europa y de la era colonial. La segunda puso fin al nazismo”. Además, el miedo que causaba la posibilidad del estallido de una tercera guerra fue suficiente para encender la “guerra fría” como un *tipo particular* de guerra mundial que, efectivamente, ya ocurrió y que puso fin al comunismo. Según esto, estaríamos en el curso de la cuarta guerra mundial, el problema es que ella no es “localizable”. Adiós a la imagen tradicional de la guerra. Hoy, su forma es de guerra fractal, de guerra de todas las células, como en la metáfora biológica: el terror a la metástasis es patente.

La pretensión globalizante impulsa la destrucción del Estado como garante del orden establecido. Obsérvese que el “Estado-nación” es una configuración histórica que ya no determina, con la misma fuerza de antaño, el orden mundial. Sabemos que esta ilusión de organización política está presente desde la Antigüedad, concretamente en ciertas ideas políticas griegas y latinas. Sin embargo, se sabe también que es con los tratados de Westphalia (1648) que el Estado-nación se instauró verdaderamente en Europa. No obstante, aunque el orden mundial haya sido cambiado por ese nuevo orden y que este haya determinado la conformación geográfica y política durante siglos, hoy no consigue la misma fuerza estructuradora de la masa ni logra brindar su tranquilidad. Esta metamorfosis del Estado le proporciona el sentido político fundamental al terrorismo actual:

Es la prueba de que el Estado no existe más. Es una forma de firmar el fin de lo político y su insignificancia, así como, sin duda, el fin de la guerra, del concepto de guerra fuertemente superado hoy por un afrontamiento asimétrico (Baudrillard, 2003, p. 31-32).

Se comprende mejor así, la ingenuidad de aquellos jefes de Estado que se tragan la carnada entera y proponen la exterminación del terrorismo a partir de la guerra: reproducen impecablemente el *círculo vicioso de la represión* del que hablaba Derrida en su tercera autoinmunidad.

3. Conclusión

Hemos podido constatar, apoyándonos en el análisis de Derrida y de Baudrillard algunas posibles asociaciones entre la ilusión globalizadora y ciertas formas del terrorismo contemporáneo como las que se presentaron en los episodios del 11 de septiembre de 2001.

La ilusión del progreso perpetuo de la Ilustración encuentra su corolario contemporáneo en la globalización. Aquél que la detesta, a los demás les parece irracional, incluso retrogrado, cuando no reaccionario. Sin embargo, aunque la globalización pretende la liberación de los mercados, ella no es en absoluto un estado de liberación del espíritu.

Todo lo contrario: del análisis de Derrida y de Baudrillard se infiere que los episodios de terrorismo contemporáneo como los ocurridos a partir del 11 de septiembre, pueden ser explicados como una defensa feroz de la propia civilización que busca la singularidad perdida.

La globalización no reúne a las personas, al contrario: las separa. Ella no crea nuevos lazos sociales, ni siquiera actualiza los ya existentes: los destruye. Ella es el contexto propicio para el ejercicio terrorista: lo causa, lo nutre y lo reproduce. Ya decíamos arriba: la sed de unificar las prácticas culturales, de uniformar las mitologías y de garantizar los intercambios comerciales es la misma de aquella de las conquistas territoriales desde la Antigüedad; el instrumento era la guerra y la guerra era una forma particular de organización de las confrontaciones violentas entre los pueblos. Los instrumentos han cambiado, pero la lógica permanece. Obsérvese que es una lógica que se reproduce durante la historia de la humanidad, los episodios del 11 de septiembre no son más que su versión actualizada. Esto es lo que nos autoriza a defender la idea de que la ilusión globalizadora conduce *directamente* al ejercicio de la guerra contemporánea, y que sus manifestaciones actuales, los episodios terroristas, no son otra cosa que un acto civilizador.

La enorme posibilidad de intercambios comerciales que impulsa la globalización, crece al paso de los desarrollos tecnológicos y favorece la interpenetración de los diferentes sistemas culturales. Así, la estrategia de la guerra contemporánea, aquélla que se manifiesta con toda claridad el 11 de septiembre de 2001, es la de “no volver a atacar el sistema en términos de relaciones directas de fuerza”, puesto que sería irracional desde el punto de vista de la asimetría de poder. La consecuencia es “desplazar la lucha a la esfera de lo simbólico” (Baudrillard, 2001). No sobra repetirlo: los terroristas serán actuales pero sus métodos son tan antiguos como aquellos de los troyanos; se camuflan al interior del sistema, ya no en monumentales caballos, sino en la banalidad de la vida cotidiana. Esto es lo que causa terror: ya nadie sabe dónde se encuentra el enemigo, dónde se oculta el peligro, todo el mundo es sospechoso,

todo resulta peligroso, la paranoia está instalada: la muerte ronda en todas partes y a cada instante. El enemigo se atomizó, pero justamente es en esta atomización que reposa su fuerza.

Nada más ingenuo que pensar que los ataques del 11 de septiembre fueron dementes. Lo “verdaderamente” demente es su causa: la pretensión globalizadora. La historia universal nos trae dos noticias, una buena y una mala. La buena noticia es que no se logrará tal unificación, la mala es que se seguirá intentándolo. Solo resta preguntarles a todos aquellos que defienden la globalización: ¿por qué insistir hasta el delirio en la ilusión de destruir la singularidad cultural? ¿Están preparados para los actos espantosos y el terror que causará su defensa?

K

Referencias

- Baudrillard, Jean y Morin, Edgar. (2003). *La violence du monde*. Paris: Du Félin.
- Baudrillard, Jean. (2001). L'esprit du terrorisme. En: *Le Monde*, 2 novembre 2001. Recuperado de: <http://www.homme-moderne.org/societe/philo/ baudril/espriter.htm> Consulta: 17/10/2011.
- Derrida, Jacques. (2004). Le «concept» du 11 septembre. En: G. Borradori. *Le «concept» du 11 septembre. Dialogues à New York (octobre-décembre 2001)*. Paris: Galilée.
- Canetti, Elias. (1966 [1960]). La masse double: la guerre. En: Canetti, E. *Masse et puissance*. Paris: Gallimard, (pp. 69-76).
- Freud, Sigmund (1981 [1921]). Psychologie des foules et analyse du moi. En: S. Freud. *Essais de psychanalyse*. Paris: Payot (pp. 117-217).
- Freud, Sigmund. (1985 [1933]). Pourquoi la guerre? En: *Résultats, Idées, Problèmes*. Paris: Puf (pp. 203-215).
- Lasvergna, Isabelle. (2004). *Blow up* sur le présent. *L'Herne* (84), 258-267.
- . (2011). Las transformaciones de la vida: malestar en el cuerpo y en el pensamiento. *Katharsis*, No. 11, pp. 107-115.
- Zaltzman, Nathalie. (2007). *L'esprit du mal*. Paris: De l'Olivier.